

Una mirada epistemológica al estudio de la comunicación

Carlos Vidales Gonzáles¹

Introducción

El XXVII Encuentro de la Asociación Mexicana de Investigadores de la comunicación celebrado en la ciudad de Querétaro en junio de 2015, puso al centro una pregunta que ha estado acompañando al campo de la comunicación desde su emergencia como campo académico a mediados del siglo pasado y que sigue siendo, más de seis décadas después, una pregunta incómoda. El Encuentro titulado, “Historias y aportes sociales de la investigación en México”, se preguntaba, “¿cuáles son los acuerdos mínimos del núcleo disciplinario?”. La pregunta así planteada proponía una discusión en múltiples dimensiones, desde aquellas que se mueven en el nivel de lo institucional, lo educativo, lo formativo y lo profesional, hasta aquellas que se encuentran en niveles más abstractos relacionados con lo epistemológico, lo disciplinar, lo ontológico y lo propiamente conceptual. Un segundo orden de ideas sugería moverse más allá del campo hacia los

¹ Doctor en Estudios Científico-Sociales por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, ITESO. Profesor Investigador de Tiempo Completo del Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, SNI, nivel I, Conacyt. morocoi@yahoo.com.

bordes de la inter y la transdisciplina, hacia el espacio de la investigación y la construcción de conocimiento en general y, a final de cuentas, hacia el proceso general de reconstrucción histórica, es decir, hacia la historia del campo, la investigación, la teoría, la institucionalización, la docencia, las profesiones, lo interdisciplinar, lo ontológico y lo propiamente comunicativo. Sin embargo, ambos escenarios más que respuestas plantean nuevas interrogantes: ¿Por dónde comenzar la discusión? ¿En qué niveles se encuentran los acuerdos si es que los hay? ¿Cuáles son las agendas de investigación y en cuáles de ellas podríamos ubicar esta discusión? ¿Hasta qué punto es pertinente seguir pensando en *un* núcleo disciplinar? ¿Por qué tendría que haber acuerdos y cómo sería posible reconocerlos? ¿Esta idea del “núcleo disciplinario” existe en otros campos de conocimiento?

Dada la enorme complejidad del problema y las preguntas planteadas, lo que aquí propongo es apenas un bosquejo para un programa de investigación centrado únicamente en el nivel epistemológico del estudio de la comunicación, dejando intencionalmente de lado lo que tiene que ver con la dimensión institucional, educativa, docente y profesional del campo, dimensiones que de alguna manera fueron discutidas en el evento referido, aunque más de una manera anecdótica, lo cual ya es un primer diagnóstico de la situación. En este sentido, me interesa centrarme en lo que Zelizer (2008) denomina la naturalización del conocimiento disciplinarizado, es decir, en el reconocimiento de la forma en que los modos disciplinares de pensamiento se convierten en aspectos predeterminados de los marcos para la investigación académica, por lo que me interesa poner énfasis específicamente en tres dimensiones: en la dimensión conceptual que corresponde a las teorías de la comunicación, en la dimensión práctica que implica la investigación de la comunicación y en la dimensión meta-teórica centrada en una mirada transdisciplinar de la comunicación.

Siguiendo a Zelizer (2008), la naturalización de la perspectiva disciplinar se vuelve tan rígida que podemos olvidar cuánto de eso que conocemos en la academia es llevado sin una clara correspondencia sobre cómo es que llegamos al conocimiento que poseemos. Qué sabemos y cómo lo sabemos es una pregunta delicada que normalmente pasamos por alto. Desde el punto de vista de la autora, “si la forma en que pensamos habita un espacio crítico en relación a lo que pensamos que sabemos, necesitamos entonces dar cuenta de eso en los modelos que presentamos al público, a nuestros estudiantes y finalmente, a nosotros mismos” (p. 2). El asunto es que el conocimiento es compartido en forma de patrones y así mismo es reproducido en la enseñanza y la investigación, lo que termina por institucionalizarse y definir a una disciplina o al campo de la comunicación. Caracterizadas por su contenido y su metodología, las disciplinas son tanto lo que estudian como la forma en que lo hacen, una circunstancia que tiene estrecha relación con las formas en que construimos y producimos el conocimiento. Sin embargo, el problema es que históricamente no hemos puesto atención en el conocimiento mismo, en sus formas de producción o en los marcos conceptuales con los cuales lo producimos, sino que hemos puesto mayor atención en quienes lo producen, lo que termina por poner el énfasis en dimensiones como el poder y no en dimensiones propiamente cognitivas.

El resultado es que:

Los académicos existen dentro de las fronteras -y confines- de comunidades interpretativas separadas donde el conocimiento tácito y las formas compartidas de conocer controlan determinados aspectos de un fenómeno así como la entrada de otros miembros al grupo... Cada grupo determina qué cuenta como evidencia y en qué formas, haciendo juicios sobre los puntos centrales sobre los que vale la pena pensar así como la investigación que realmente cuenta. (Zelizer, 2008 p. 3)

Pasamos entonces del conocimiento y la discusión por el núcleo disciplinar a los productores de conocimiento y sus posiciones en el campo. Evidentemente, en este segundo escenario lo disciplinar es irrelevante, lo mismo que la discusión por el conocimiento producido, mientras que en el primer escenario lo que se reproduce es la mutua citación entre académicos y las invitaciones recíprocas a sus eventos académicos. El resultado es un cuerpo discreto de conocimiento que quienes lo apoyan lo reproducen muy bien pero que no es suficiente como para crear un marco compartido sobre el núcleo central de discusión. Esto hace que emerja también la pregunta por la relevancia de la investigación en el mundo en general más allá de la investigación en comunicación, dado que los fenómenos suceden y toman forma no de acuerdo a perspectivas disciplinarias, sino al margen completamente de ellas (Zelizer, 2008).

Es con base en lo anterior que me interesa tratar en este texto tres temas de orden epistemológico para identificar en ellos posibles acuerdos o desacuerdos implícitos o explícitos en el campo de la comunicación y que dan muestra de alguna manera de la naturalización del conocimiento disciplinarizado. En este sentido, el primer tema se encuentra ligado a la teoría de la comunicación y a su propia historia, el segundo de ellos está ligado a la investigación de la comunicación y a la emergencia de los subcampos de conocimiento o comunidades interpretativas y, el tercero de ellos, el más problemático, se encuentra vinculado con la consideración de la comunicación como transdisciplina. Lo anterior sintetiza la teoría y la investigación de la comunicación y, en su conjunto, los tres temas pretenden plantear por lo menos algunas líneas para intentar responder, desde el nivel epistemológico, a la pregunta por el núcleo disciplinario de la comunicación.

Las teorías de la comunicación como problema: un acuerdo sobre su historia y un desacuerdo sobre su uso

En algunos trabajos previos me he detenido con mucho mayor detalle en la historia de las teorías de la comunicación, en sus problemas y en lo que esto supone para el campo de la comunicación (Vidales, 2010, 2011a, 2012, 2013, 2015), por lo que ahora me interesa únicamente puntualizar el aspecto histórico de las tradiciones intelectuales que se supone están en la base de la historia conceptual de la comunicación para contrastarla con lo que sucede, a nivel empírico, con la investigación de la comunicación. En este sentido, lo que podríamos identificar como un primer acuerdo casi generalizado es sobre las que han sido consideradas las fuentes históricas y científicas del pensamiento en comunicación (Galindo, 2008) y que plantean de inicio un núcleo básico sobre la dimensión conceptual del campo de la comunicación. En este punto es importante reconocer la propuesta del metamodelo conceptual que Robert T. Craig desarrollara a finales de los años noventa, dado que es uno de los intentos sistemáticos más importantes y que mayor efecto han tenido en la dimensión histórica del pensamiento comunicacional.

Para Craig (2006), lo importante es reconocer a la comunicación como una práctica social diferenciada y no como un campo disciplinar *a priori*. Desde su punto de vista, lo que hay que recuperar de su propia naturaleza histórica es el momento en el cual la comunicación se convirtió en una práctica significativa para nosotros, dado que una vez reconocida la importancia de dicha práctica es que nos volvimos particularmente conscientes y reflexivos sobre lo que esto implica y fuimos así capaces de producir metadiscursos sobre la comunicación, es decir, discursos comunicativos sobre discursos comunicativos. El resultado fue que las formas ordinarias en que tendimos a hablar de la comunicación le dieron a la práctica comunicativa el

rango específico de sentido que tuvo para nosotros y es precisamente este discurso sobre la comunicación el que evolucionó a tal grado que se generó un metadiscurso sumamente técnico y sofisticado sobre la práctica comunicativa, un metadiscurso al que finalmente hemos llamado “teoría de la comunicación”. El paso siguiente fue la institucionalización no sólo del metadiscurso comunicativo, sino del objeto comunicación y de su campo de conocimiento, los cuales tienen hoy en día un rol central tanto en el estudio y comprensión del fenómeno comunicativo como en el cultivo de la comunicación como una práctica social diferenciada.

La clave es entonces entender a la comunicación como un modo fundamental de explicación y no como un elemento subordinado a otro tipo de lógicas o de metadiscursos, lo que supone entonces un trabajo conceptual serio para determinar qué características tiene ese modo de explicación particular. Es por esto que Craig (1999) propone una matriz que permita la inclusión de más de una visión sobre la comunicación, un lugar donde los distintos modelos teóricos de la comunicación puedan interactuar, es decir, un metamodelo o un modelo de segundo orden. Lo anterior permite transformar a las teorías de la comunicación en un campo coherente de estudio, lo que a su vez tiene el potencial de generar una identidad académica así como una perspectiva comunicativa particular.

Para Craig (1999), de lo que se trata es de reconstruir la teoría de la comunicación como un metadiscurso teórico comprometido en un diálogo con el metadiscurso práctico de la vida diaria, de esta forma, el metadiscurso teórico hace referencia a la discusión sobre el mérito de teorías alternativas. La comunicación tiene, entonces, el potencial de ser una *disciplina práctica*, lo cual, de ser cierto, se convierte en una herencia que la teoría de la comunicación formula desde sus fundamentos (Craig, 1999). Esto mismo llevaría al autor a reconocer casi una década después que lo que explica la

emergencia disciplinaria del campo es precisamente esta consideración de la comunicación como una categoría de prácticas social, por lo que resulta fundamental la reconstrucción de las tradiciones intelectuales alrededor precisamente de dicha categoría, dado que es a través de esta “historización” que el campo puede volverse no sólo más productiva e intelectualmente coherente, sino más útil socialmente (Craig, 2008). Al final de cuentas, la idea es que una teoría sobre la disciplinarización de un campo deriva su identidad y coherencia de su participación en la conversación de las disciplinas, por lo que:

el carácter específico de la comunicación como disciplina, puede ser entendido en términos de su contribución al conocimiento en determinadas tradiciones intelectuales, en la evolución de sus formas institucionales y en su relevancia hacia la «comunicación» entendida como una categoría socioculturalmente constituida de problemas y prácticas. (Craig, 2008, p. 7)

El resultado de la propuesta de Craig (1999) es el reconocimiento de las que consideran son las siete tradiciones teóricas históricas en el estudio de la comunicación: a) la tradición retórica, la cual entiende a la comunicación como el arte práctico del discurso, b) la tradición semiótica, desde donde se entiende a la comunicación como la mediación intersubjetiva de los signos, c) la tradición fenomenológica, espacio conceptual que considera a la comunicación como la experimentación del otro, d) la tradición cibernética desde donde se piensa a la comunicación como el procesamiento de información, e) la tradición sociopsicológica desde donde la comunicación es expresión, interacción e influencia, f) la tradición sociocultural, desde donde se entiende a la comunicación como la (re)producción del orden social y, g) la tradición crítica, tradición desde la cual la comunicación se entiende como reflexión discursiva. Como puede observarse, Craig no sólo reconoce cada unas de las tradiciones intelectuales, sino que al hacerlo

propone una mirada comunicativa particular. Sin embargo, esta no es la única propuesta que se ha realizado en este sentido, aunque si ha sido una de las más influyentes a nivel internacional dado que ha sido reproducida posteriormente en una gran variedad de trabajos monográficos sobre teorías de la comunicación (Eadie, 2009; Galindo, 2008; Griffin, 2009; Littlejohn y Foss, 2008; West y Turner, 2010).

En un intento similar por organizar el pensamiento comunicacional, Rodrigo-Alsina (2001) reconoce las que considera son las tres grandes perspectivas de la teoría de la comunicación. Desde su punto de vista, es posible reconocer la Perspectiva Interpretativa (Escuela de Palo Alto, interaccionismo simbólico y construccionismo), la Perspectiva Funcionalista y la Perspectiva Crítica (Escuela de Frankfurt, la economía política y los estudios culturales). Por otro lado, para construir un fundamento teórico de lo que denomina las “teorías de la comunicación digital interactiva”, Scolari (2008) propone cinco paradigmas fundacionales de las teorías de la comunicación, los cuales agrupa de la siguiente manera: a) el Paradigma Informacional (Shannon y Schramm), b) el Paradigma Crítico (Escuela de Frankfurt, la economía política y el psicoanálisis), c) el Paradigma Empírico-analítico (Mass Communication Research), d) el Paradigma Interpretativo-cultural y, e) el Paradigma Semiótico-discursivo (Saussure, Peirce, Roland Barthes, Umberto Eco, Paolo Fabbri). Por su parte, en México el Grupo Hacia una Comunicología Posible (GUCOM) también realizó su propuesta de las que consideraban eran las fuentes históricas y científicas de los estudios de la comunicación, reconociendo nueve de ellas: la Sociología Funcionalista, la Sociología Fenomenológica, la Sociología Crítica, la Sociología Cultural, la Economía Política, la Psicología Social, la Semiótica, la Lingüística y la Cibernética (Galindo, 2008).

Por otro lado, Boyd-Barrett (2006) recupera lo que considera son los logros más importantes de la investigación de la comunicación anglo-americana en los últimos cincuenta años, los cuales agrupa dentro de tres grandes categorías: a) los estudios culturales, b) la economía política y, c) los estudios de la globalización. Finalmente, Moragas (2011) ha propuesto una reconstrucción genealógica de las teorías de la comunicación que nuevamente recupera algunas de las clasificaciones previas aunque incluye algunas completamente nuevas. Desde su punto de vista, es posible identificar las teorías de la comunicación de base cibernética, las teorías de la comunicación de base sociológica (Lasswell, Schramm, Westley/McLean), c) las teorías de la comunicación de masas (*mass Communications research*, Escuela de Chicago, teoría de los efectos limitados), las teorías sobre la recepción y la interpretación (Escuela de Palo Alto, usos y gratificaciones, constructivismo social, *agenda-setting*, teoría crítica del discurso), las teorías basadas en la tradición de los estudios de la cultura (Escuela de Frankfurt, Estudios Culturales, Semiótica, Luhmann y Habermas), las teorías derivadas de la comunicación y la cultura en América Latina (Martín-Barbero, García Canclini), las teorías de la comunicación basadas en la economía política de la comunicación, así como las fundamentadas en la sociedad de la información y la globalización (Mattelart, Castells).

Ahora bien, como es posible observar, más allá de las nomenclaturas o las agrupaciones elegidas por cada autor, es posible reconocer algunos “lugares comunes” sobre la propia historia conceptual de la comunicación o sobre la historia de las teorías de la comunicación. Sin embargo, el problema es de otro orden, el problema es de orden práctico, dado que ninguno de los paradigmas, tradiciones, perspectivas o fuentes históricas y científicas es reconocido en la práctica de investigación en los estudios de la comunicación como un principio epistemológico compartido, como la base para fundar una ciencia integral de la comunicación, como una matriz teórica general o bien, como

una posibilidad para definir el núcleo disciplinario de la comunicación. Por lo tanto, nos podríamos preguntar, ¿qué función cumplen entonces estas propuestas teóricas?, ¿qué significa entonces hacer investigación de la comunicación en la actualidad?, ¿qué es lo que se investiga?, ¿por qué se considera una investigación “de la comunicación”?

Por otro lado, si bien no es mi interés desarrollar el aspecto de la enseñanza y la profesionalización de la comunicación, considero pertinente mencionar aquí que las teorías antes señaladas no sólo son las que menos se usan en la investigación de la comunicación como lo muestra el profundo trabajo realizado por Bryan y Miron (2004), sino que además son las que se enseñan a los estudiantes, por lo que nos podríamos preguntar, ¿por qué seguir reproduciendo en la enseñanza un lugar común sobre la dimensión conceptual de la comunicación que no opera en la práctica de la investigación avanzada? Sobre este punto me parece sumamente relevante el análisis que Anderson (1996) realizara a mediados de los años noventa sobre el nivel ontológico, epistemológico y praxológico de las teorías de la comunicación, desde donde sostiene que, al exponerse por sí mismos a este conjunto de actividades prácticas y conjuntos teóricos, los estudiantes están también inmersos, generalmente sin su consentimiento razonado o informado, en modos particulares de pensamiento, los cuales devienen de los “métodos de adoctrinamiento” (*indoctrinating methods*) identificables en las prácticas docentes. De esta forma, el estudio de los métodos no sólo induce al estudiante dentro de una ideología académica, sino también dentro de dominios teóricos específicos y, sobre todo, dentro de una comunidad científica particular. Por lo tanto, más que construir comunidades interpretativas o comunidades académicas, estamos construyendo logias académicas.

De acuerdo con Anderson (1996), lo anterior implica que la construcción de conocimiento se encuentra determinada en primera instancia por mecanismos que han regulado y normalizado la producción académica

dentro de una fórmula que permite la destrucción de los sistemas conceptuales al tiempo que inhibe su construcción en beneficio de la reproducción de un quehacer científico, lo cual ha generado no sólo que los problemas de la fundamentación epistemológica no sean recuperados, sino que su recuperación sea irrelevante. Por lo tanto, quizá la idea no sea la elaboración de una respuesta definitiva al problema del núcleo disciplinario, sino la contrastación de la evidencia ya recuperada tal como lo proponen Berger, Roloff y Roskos-Ewolden (2010), dado que desde su punto de vista, la confrontación empírica (de teorías) es precisamente un signo de la vitalidad y la dinámica de una empresa científica, por lo que los debates que las propias confrontaciones generan son de suma importancia para el avance de toda disciplina. Sin embargo, también reconocen que incluso en una etapa temprana, los investigadores dentro de los estudios de la comunicación han mostrado muy poca evidencia de estas controversias teóricas y académicas. Tenemos entonces un acuerdo sobre las grandes tradiciones conceptuales que parece se encuentran en la base de la historia conceptual de la comunicación, pero eso es todo. El asunto de lo que hacemos con ella y lo que eso significa para los procesos de construcción de conocimiento es un tema aparte y sobre el que no hay un acuerdo general y mucho menos una reflexión sistemática compartida.

La investigación de la comunicación: del avance de la investigación empírica al estancamiento de la producción conceptual

En su discurso de inauguración del encuentro anual de la International Communication Association en 2005, su presidente en turno, Wolfgang Donsbach (2006), reconocía que los estudios de la comunicación habían acumulado mucha y muy buena evidencia empírica sobre los procesos de comunicación en múltiples temas y en múltiples niveles, aunque también

reconocía que sufrían de una creciente *erosión epistemológica* promovida por los desarrollos dentro y fuera del campo de estudio. Desde dentro se trataba de un renacimiento de acercamientos que se abstienen de poner sus hipótesis a prueba y desde fuera observa un incremento en la competencia de todos los académicos del campo con gente no académica de todo tipo, lo cual había generado una proliferación de temas, métodos y formulaciones teóricas que no necesariamente tenían relación con los intereses particulares del propio campo, sino con los intereses y agendas de investigación de otros campos. Una década después, podemos observar que este diagnóstico sigue teniendo vigencia, incluso es algo que Sanders (1989) ya había notado a finales de los años ochenta y lo cual comenzaba a ser una característica general en los estudios de la comunicación. En sus palabras,

...hay un interés multidisciplinario en la comunicación que ha engendrado una gran variedad de audiencias y aplicaciones. Por razones sociológicas más que intelectuales, esto ha motivado a los investigadores a subdividir y dispersar sus resultados en vez de integrarlos para formar generalizaciones. Gran parte de las ciencias sociales están preocupadas por las facetas de la vida individual y comunal que se encuentra afectada de manera importante por el contenido, el estilo y los mensajes de los medios así como por la disponibilidad y control de la información. Los practicantes de numerosas profesiones también dependen fuertemente de la comunicación, por lo que la comunicación es entonces un tema de mucha de la investigación aplicada en esos contextos profesionales. Como resultado, los esfuerzos en la investigación dentro del campo de la comunicación generalmente se encuentran orientados a audiencias y problemas de otros campos o con actividades vinculadas con sus programas de investigación. Esto alienta una proliferación de temas, métodos, y datos que obviamente no facilita la generalización. (pp. 223-224)

Este “traslape” de agendas de investigación es también una de las explicaciones de por qué en los estudios de la comunicación se usan una

gran variedad de propuestas teóricas que provienen de otros campos de conocimiento y, en algunos casos, de los campos profesionales. Argumento que quizá explique también las 400 teorías que aparecen listadas en la *Enciclopedia de Teorías de la Comunicación* que publicaran en 2009 Stephen W. Littlejohn y Karen A. Foss o las 604 teorías de la comunicación que reconocen Bryan y Miron (2004) en su estudio. Es desde este escenario que Donsbach (2006) argumentó que los estudios de la comunicación tienen un conocimiento lógico y preciso en muchas áreas pero consideraba que se tendía a perder orientación normativa en la investigación empírica. Desde su punto de vista, hacer investigación empírica sin metas normativas se puede convertir fácilmente en una actividad arbitraria, irrelevante y aleatoria. El resultado es lo que Craig (1999) ha llamado las “raíces de la incoherencia”, lo que Donsbach (2006) ha llamado la “erosión epistemológica”, lo que Shepherd, St. John y Striphas (2006) han llamado el “pluralismo teórico”, lo que Raúl Fuentes Navarro (2009) ha denominado el “inmediatismo superficial” y lo que Vidales (2013) ha denominado el “relativismo teórico”, todos términos que describen una misma problemática.

Sobre este punto es necesario hacer una reflexión un poco más detenida, dado que no se trata únicamente de lo que la investigación genera al interior del campo, sino de la forma en que la investigación se encuentra vinculada con el mundo social. Este es un punto importante sobre el que llama la atención Schiller (1999) en su recorrido histórico sobre la conceptualización de la comunicación. El punto es que todavía nos hace falta una reconstrucción histórica más precisa de lo que ha sido la conceptualización de la comunicación en la historia y cómo es que cada una de esas conceptualizaciones se han vinculado con su propio contexto social de emergencia. Para Schiller (1999), el potencial del estudio de la comunicación ha convergido directamente y en muchos puntos con el análisis y la crítica de las sociedades existentes a través de su desarrollo

histórico, por lo que es necesario recuperar el tránsito de esas ideas a partir de los útiles intercambios históricos del pensar sobre la comunicación que ya existen (Hardt, 1992; Peters, 1999; Rogers, 1994) para contrastar esas historias del pasado y crear así un mapa extendido de nuestra topografía intelectual que nos ayude a revisar algunos de los principales temas y problemas de nuestros tiempos.

La idea de Schiller (1999) es desenredar el complejo proceso del compromiso histórico con ciertos temas, la diferencia conceptual y la síntesis analítica que ha estructurado la investigación crítica hacia el carácter de la comunicación como una fuerza social determinante, lo que definiría al mismo tiempo un núcleo disciplinar concreto: la fuerza o el poder social de la comunicación. Pero esta reconstrucción, evidentemente, no se puede hacer al margen del desarrollo de las propias disciplinas y las ciencias en general, dado que también son un eco de ellas. Es por esto que en el balance general que presenta Schiller (1999) sobre este asunto, considera que el desarrollo de la teoría social no ha sido omitido o abandonado por los estudios de la comunicación, sino únicamente en puntos clave notablemente desplazados.

Las teorizaciones que en realidad han formado y guiado el pensamiento formal sobre comunicación permanecen tácitas y sumergidas, y la imposibilidad de reconocerlas puede deberse tanto a la propia y perdurable indiferencia de la teoría social como a la “mala conducta” (*malfeasance*) de los estudios de la comunicación. Por lo tanto, el reto es salvar la infraestructura de la teoría que subyace a la investigación dentro de la comunicación y hacer sentido a la lógica histórica. (Schiller, 1999, p. X)

Algunos autores sugieren que para esta tarea se puede comenzar por explicar dos conceptos, el de sociedad y el de relaciones sociales, sin embargo, Schiller elige seguir el de “trabajo” (*labor*). Ahora bien, ¿qué implicaciones tiene poner al centro de la reconstrucción histórica un objeto de conocimiento y no otro? Aquí evidentemente el asunto epistemológico

es clave, dado que se estaría proponiendo implícitamente la imposibilidad de hablar de “un” núcleo disciplinar. Por el contrario, sería la evidencia de la necesidad de hablar de “núcleos” disciplinarios de la comunicación, lo cual es el centro de la propuesta que aquí esbozo. Según lo mostrado, la investigación de la comunicación ha logrado producir una enorme cantidad de datos empíricos, pero tiene todavía problemas en los procesos interpretativos. Este es evidentemente un problema de orden práctico. Sin embargo, es muy poco lo que se ha hecho en el camino de la investigación que tiene como finalidad la producción conceptual, dado que es un camino completamente diferente. Tenemos entonces un enorme avance en la investigación empírica pero un estancamiento en la producción conceptual.

Investigar la comunicación no es una actividad cotidiana, supone un saber especializado que se cultiva y practica, dado que la investigación no supone únicamente la producción de datos sobre el mundo desde un punto de vista particular (comunicativo) para ganar una mejor comprensión de él, sino que debiese suponer la indagación sistemática de las implicaciones prácticas que los métodos de observación tienen en los fenómenos observados, la reflexión sobre las formas en que se produce el conocimiento y, en última instancia, el estudio y entendimiento de las implicaciones prácticas y conceptuales que tiene el propio observador en el fenómeno observado (Krippendorff, 2009). La investigación de la comunicación, centrada casi en su totalidad en los fenómenos sociales vinculados principalmente con las nuevas tecnologías y los medios de comunicación, ha olvidado por completo estos puntos y, principalmente, la necesidad y pertinencia de observar sus propios métodos de observación, su conocimiento disciplinarizado. En síntesis, ha olvidado evaluar su producción conceptual y, sobre todo, caminar hacia la construcción conceptual avanzada. Como lo menciona Chaffee (2009):

[...] teorizar sobre la comunicación es una actividad humana muy común dado que no podemos vivir efectivamente si no formulamos y actuamos

en función de supuestos generales sobre por qué la gente dice lo que dice, por ejemplo, o sobre cómo lo que nosotros decimos afecta a otras personas. En este sentido, entender la comunicación tiene un valor obvio de supervivencia por lo que uno puede imaginar que teorizar es una propensión genéticamente heredada a través de nuestra especie. Investigar sobre la comunicación humana, por otro lado, es una actividad rara, una que requiere un número de habilidades intelectuales que son desarrolladas a través de la disciplina académica. Básico a casi todas estas habilidades, es la decidida actividad poco común de teorizar para investigar. (p. 13)

Es desde este punto de vista que Chaffee (2009) reconoce que hay dos principios generales sobre la teoría de la comunicación, uno que la relaciona con las ideas abstractas o los esquemas abstractos de pensamiento sobre comunicación, y uno más que la relaciona con la posibilidad de predecir resultados en la investigación y de presentar resultados consistentes, de ahí la necesidad de un tercer principio capaz de vincular los dos anteriores, los cuales se encuentran separados en el estado actual de la investigación de la comunicación. Por lo tanto, para poder conectar los resultados con las nociones abstractas se requiere un argumento básico que implica que ambos tipos de teorías, las vinculadas con los resultados y las vinculadas con los esquemas abstractos, deban estar relacionadas con el mismo fenómeno. Desde este punto de vista, es posible considerar a “la teoría empírica” como el vínculo constante entre el mundo intelectual de teorías abstractas con el mundo empírico desde el cual es posible replicar los descubrimientos y resultados de la investigación guiados por las concepciones abstractas. En este contexto, se puede imaginar la complejidad que resulta cuando se pone a la comunicación como el fenómeno de observación, sobre todo porque es una práctica, pero también es un teorizar sobre esa práctica que afecta necesariamente a la práctica misma, y precisamente a eso es a lo que hemos tendido a llamar “teoría de la comunicación”. Dada esta dicotomía, mi propuesta es en un sentido diferente. Derivado de la necesidad de

caminar hacia la construcción conceptual es que propongo la necesidad de una reconstrucción histórica de la dimensión conceptual centrada no en tradiciones, autores o contextos sociales y académicos, sino en objetos de conocimiento. En sentido estricto, lo que propongo es un camino hacia la transdisciplina.

La necesidad de una reconstrucción histórica de los fundamentos conceptuales de la comunicación: de los objetos de conocimiento a la transdisciplina

Un claro ejemplo del cambio que propongo hacia la reconstrucción histórica de los fundamentos conceptuales del estudio disciplinarizado de la comunicación es el texto que coordinaron en 2006 Sheperd, St. John y Striphas y del que ya había hablado con anterioridad (Vidales, 2015), en el cual cada uno de los autores participantes toma una postura ontológica sobre la comunicación para desarrollarla como objeto de conocimiento y sobrepasar así las barreras de la narratividad histórica. Este punto es de suma importancia porque le da un valor distinto al estudio práctico de la teoría. De acuerdo con los autores (Sheperd, St. John y Striphas, 2006):

[...] los teóricos están prestos a defender la dimensión práctica de su estudio de la teoría, al argumentar que nuestro conocimiento acumulado sobre las teorías de la comunicación tiene repercusiones “allá afuera” en el mundo real. Pero la frustración que usualmente acompaña esa defensa, junto con el vigor con el que tendemos hacerla, nos aleja más de lo que nos acerca. ¿Cómo podemos decir que nuestro pensamiento *es mejor* para la práctica de la comunicación si no estamos dispuestos a pensar qué es lo mejor *en* la teoría de la comunicación? El discernimiento es, por lo tanto, un componente integral de la teoría de la comunicación y la práctica y, en un sentido general, del mantenimiento de una disciplina de la comunicación vibrante y socialmente relevante. (p. XIV)

En este sentido, cada una de las propuestas concentradas en el texto mencionado completa la afirmación, “la comunicación como...”, y al hacerlo coloca un objeto de conocimiento con el cual puede ser definida epistemológica y ontológicamente. De esta manera, la comunicación se entiende como relacionalidad (Celeste M. Condit), como ritual (Eric W. Rothenbuhler), como trascendencia (Gregory J. Shepherd), como construcción [*Constructive*] (Katherine Miller), como práctica (Robert T. Craig), como memoria colectiva (Carole Blair), como visión (Cara A. Finnegan), como corporeización [*embodiment*] (Carolyn Marvin), como identidad social (Jake Harwood), como Tecné [*techné*] (Jonathan Sterne), como diálogo (Leslie A. Baxter), como autoetnografía (Arthur P. Bochner y Carolyn Ellis), como contadora de historias [*storytelling*] (Eric Peterson y Kristin Langellier), como organización compleja (James Taylor), como estructuradora (David Seibold y Karen Myers), como participación política (Todd Kelshaw), como deliberación (John Gastil), como difusión (James Dearing), como influencia social (Frank Boster), como argumento racional (Robert C. Rowland), como contra-público (Daniel Brouwer), como diseminación (John Durham Peters), como articulación (Jennifer Daryl Slack), como traducción (Ted Striplas) y como falla (Jeffrey St. John).

Al poner objetos de conocimiento al centro de la organización conceptual, se estarían eliminando las fronteras de los subcampos de construcción de conocimiento. Si bien este no es el trabajo que cada autor realiza en el texto, es un ejemplo de cómo se podría seguir la ruta de un objeto de conocimiento que definiera a la comunicación y, al hacerlo, se estaría también delimitando un núcleo disciplinario. Por ejemplo, si se asume a la comunicación como organización compleja (Taylor, 2006), se estaría asumiendo un principio constructivo y un nivel ontológico que podría cruzar horizontalmente

cualquier tema con el que la investigación de la comunicación se relacione: juventud, nuevas tecnologías, deporte, movimientos sociales, medios de comunicación, procesos de deliberación democrática, etc., con lo que se estaría superando igualmente la organización temática. Por otro lado, también se estaría en la posibilidad de reorganizar el espacio conceptual a través de pensar qué es lo que cada tradición teórica tendría que decir sobre la comunicación entendida como organización compleja. La semiótica, la cibernética, la teoría crítica, la sociología fenomenológica, la lingüística, la psicología social o la retórica tendrían algo que decir, sin embargo, el criterio de organización no sería el intrínseco a cada tradición sino el relativo al objeto de conocimiento. Podríamos entender a la comunicación como una organización compleja semiótica, cibernética o fenomenológicamente, es decir, tendríamos otras formas de organización conceptual que podrían llevar al campo de la comunicación a una reorganización en función de sus objetos de conocimiento. Reconoceríamos entonces que la comunicación no tiene un objeto de estudio concreto, sino un conjunto de ellos contruidos desde tradiciones teóricas diferentes. Esto mismo podría seguirse para cualquiera de los objetos mencionados con anterioridad.

Como ya he mencionado, algo similar es lo que propuso Craig (1999) cuando reconoció a la comunicación como a) el arte práctico del discurso, b) la mediación intersubjetiva de los signos, c) la experimentación del otro, d) el procesamiento de información, e) como expresión interacción, e influencia, f) como la (re)producción del orden social y, g) como reflexión discursiva. Cada uno de estos conceptos puede funcionar como objeto de conocimiento para organizar conceptualmente las tradiciones intelectuales y para rastrear qué objetos se han construido históricamente en el campo de la comunicación. Sin embargo, si bien Craig asocia cada objeto de conocimiento con una tradición teórica, esto no tendría por qué funcionar como un criterio restrictivo. La comunicación entendida como el arte

práctico del discurso no tendría por qué estar únicamente asociada a la retórica, la comunicación entendida como la mediación intersubjetiva de los signos no tendría por qué estar únicamente asociada a la semiótica o la comunicación entendida como el procesamiento de información no tendría por qué estar únicamente asociada a la cibernética. De esta manera, al pasar de las genealogías a los objetos de conocimiento estaríamos en la posibilidad de pensar dichas genealogías en función de los objetos (y los objetos que construyen) y pasar así a la configuración de la transdisciplinariedad.

La *Enciclopedia Internacional de Sistemas y Cibernética* (Francois, 2004), define a la transdisciplina como un «metalenguaje», es decir, como un lenguaje meta que trasciende los campos disciplinares y que se propone a sí misma como una mirada contemporánea que no sólo plantea una nueva mirada en la investigación científica sino específicamente nuevas formas de hacer ciencia. Por ejemplo, para Rafael Rodríguez, la transdisciplina es una percepción global de la conexión entre muchas disciplinas. Desde esta perspectiva, no solamente la ciencia, sino todas las actividades humanas aparecen como un “todo” unitario, parte y parcela del universo en el que la unidad y la diversidad no aparecen como conceptos opuestos, sino como perspectivas complementarias (Rodríguez en Francois, 2004). De manera más específica, Peter Checkland propone que no necesitamos equipos interdisciplinarios sino, por el contrario, «conceptos» transdisciplinarios, que sirvan para unificar el conocimiento al ser aplicables a distintas áreas que trazan las propias fronteras disciplinares (Checkland en Francois, 2004). Esto explica por qué la cibernética se plantea a sí misma como una mirada transdisciplinar, aunque también podríamos pensar en otras propuestas como la semiótica (peirceana) como un segundo candidato. De cualquier manera, esta idea de los conceptos es central en la propuesta que aquí realizo, dado que es a partir de la reconstrucción de objetos de conocimiento (conceptos) que es posible convertir a la propia comunicación en una mirada transdisciplinar.

Pensar en los objetos de investigación y construirlos conceptualmente, permitiría convertir a la comunicación en un metalenguaje. Un caso ejemplar en este sentido es lo que ha sucedido con la propuesta que ha desarrollado el danés Brier (2008), la cual ha puesto al centro de su programa conceptual a la comunicación, la cognición, la información y la interpretación, cuatro objetos de conocimiento desde los cuales se construye un metalenguaje que permite sobrepasar las fronteras de los campos disciplinares y que Brier ha utilizado como fundamento para la integración de múltiples miradas conceptuales para crear la Cibersemiótica, la unificación de dos marcos transdisciplinares, la cibernética de segundo orden y la semiótica peirceana en la forma de la biosemiótica (Vidales, 2012a). No se trata entonces de una nueva genealogía como respuesta a la organización precedente, como tampoco de una “respuesta” al problema que la reconstrucción histórica ha generado o que la investigación empírica de la comunicación tiene, sino tan sólo un ejemplo de cómo a través del reconocimiento de objetos de conocimiento es posible repensar la organización conceptual y generar nuevas genealogías cuyo criterio epistemológico de organización sea su referencia a un objeto de conocimiento compartido, y es, al mismo tiempo, el ejemplo de cómo se podría construir, por contradictorio que parezca, el núcleo disciplinario de la comunicación a partir de los varios objetos de conocimiento que lo componen (y que lo han hecho en la historia).

Evidentemente, en este punto hablamos no sólo de una nueva forma de construcción de conocimiento, sino también de una nueva forma de concebir la organización de las ciencias y la superación de las fronteras disciplinares y, al mismo tiempo, de una nueva forma de concebir “los” núcleos disciplinares de la comunicación. Por lo tanto, no es mi intención lograr un “acuerdo” sobre este asunto, sino únicamente plantear escenarios de lo posible, dado que la idea de “los acuerdos” no ha funcionado para la construcción conceptual

y, por el contrario, ha entorpecido todo intento por caminar por lo menos en la construcción conceptual en el campo de la comunicación. En última instancia, se trata de tomar una posición frente a una serie de problemáticas que se han dado en la investigación de la comunicación a lo largo de la historia y que tienen que ver con las críticas hacia la fundamentación conceptual del campo (Berelson, 1959), con los cuestionamientos sobre la pobreza intelectual en la investigación de la comunicación (Peters, 1986), con las críticas a los intentos formales por organizar el campo metadiscursivo de la comunicación (Myers, 2001), con las críticas al inmediatismo superficial en los estudios de la comunicación (Fuentes, 2009), con las críticas hacia la pérdida de principios normativos en la investigación de la comunicación (Donsbach, 2006), con las críticas a lo que entendemos y nombramos como teorías de la comunicación (Anderson, 1996), con las críticas a la falta de rigurosidad en el uso de conceptos en las explicaciones en los procesos de investigación de la comunicación (Chaffee, 1991 y 2009), con el desarrollo de programas y agendas de investigación ajenas al propio campo de estudio (Sanders, 1989), y con las críticas particulares al relativismo teórico en la investigación de la comunicación (Vidales, 2011, 2012 y 2013). Se trata entonces de poner en perspectiva analítica todas estas críticas al campo a través de la reconstrucción de los objetos de conocimiento y no tanto de las tradiciones teóricas que se supone las sustentan.

Finalmente, lo que queda es esperar a que un sub-campo de conocimiento o una comunidad interpretativa tome como suyo estas problemáticas, de lo contrario no dejarán de ser problemas y propuestas coyunturales que estarán lejos de consolidar un programa de investigación o por lo menos un espacio de reflexión sistemática.

Referencias

- Anderson, J. A. (1996). *Communication Theory. Epistemological foundations*. New York: The Guilford Press.
- Berelson, B. (1959). The state of Communication Research. *Public Opinion Quarterly*, (23), 1-6.
- Berger, C., Rolof, M. & Roskos-Ewoldsen, D. (2010). What is communication science? En *Handbook of Communication Science* (2^a ed) (pp. 3-20). Los Angeles, London, New Delhi, Singapore, Washington: Sage Publications.
- Boyd-Barrett, O. (2006). Publishing Research and Communications Curriculum under Globalization. En Leung, K. & Lee, P. (Eds.), *Global Trends in communication Education and Research* (pp. 235-259). Cresskill, NJ: Hampton Press.
- Brier, S. (2008). *Cybersemiotics. Why information is not enough*. Toronto, Buffalo, London: University of Toronto Press.
- Bryant, J. & Miron, D. (2004). Theory and Research in Mass Communication. *Journal of Communication*, 54(4), 662-704.
- Chaffee, S. H. (1991). *Communication Concepts 1: Explication*. Newbury Park, CA: Sage.
- Chaffee, S. H. (2009). Thinking about theory. En Stacks, D. W. & Salwen, M. B. (Eds.), *An integrated approach to communication theory and research* (2a. ed.) (pp. 13-29). New York: Routledge.
- Craig, R. T. (2008a). Communication in the conversation of disciplines. *Russian Journal of Communication*, 1(1), 7-23.
- Craig, R. T. (2006). Communication as practice. En Sheperd, G., St. John, J. & Striphas, T. (Eds.). *Communication as... Perspectives on Theory* (pp. 38-47). Thousand Oaks: Sage.
- Craig, R. T. (1999). Communication theory as a field. *Communication Theory*, 9(2), 116-161.

- Donsbach, W. (2006). The identity of communication research. *Journal of Communication*, 56(3), 437-448.
- Eadie, W. F. (2009). Communication as a field and as a discipline. En Eadie, W. F. (Ed.), *21st Century. Communication. A reference Handbook*, vol. 1 (pp. 12-21). Los Angeles, New Delhi, Singapore: Sage.
- Francois, C. (Ed.) (2004). *International Encyclopedia of Systems and Cybernetics*. München: K. G. Saur GMBH.
- Fuentes, R. (2009). Medio siglo del estudio universitario de la comunicación en México: el riesgo del inmediatismo superficial. En Ortiz, A. (Coord.), *XVII Anuario de Investigación de la Comunicación CONEICC* (pp. 99-115). Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de Baja California, CONEICC.
- Galindo, J. (Coord.) (2008). *Comunicación, Ciencia e Historia. Fuentes científicas históricas hacia una Comunicología posible*. Madrid: McGraw Hill-Interamericana.
- Griffin, E. (2009). *A first look at communication theory* (7^a. ed). New York: McGraw Hill.
- Hardt, H. (1992). *Critical communication studies. Communication, history & theory in America*. London and New York: Routledge.
- Krippendorff, K. (2009). *On communicating. Otherness, meaning and information*. New York: Routledge.
- Littlejohn, S. W. & Foss, K. A. (2009). *Theories of human communication* (9^a. ed). Belmont, CA: Thompson Wadsworth.
- Moragas, M. de (2011). *Interpretar la comunicación. Estudios sobre medios en América y Europa*. Barcelona: Gedisa.
- Myers, D. (2001). A pox on all compromises: replay to Craig (1999). *Communication Theory*, 11(2), 218-230.
- Peters, J.D. (1999). *Speaking into the air. A history of the idea of communication*. Chicago & London: The University of Chicago Press.
- Peters, J. D. (1986). Institutional sources of intellectual Poverty in communication research. *Communication Research*, 13(4), 527-559.

- Rodrigo-Alsina, M. (2001). *Teorías de la comunicación. Ámbitos, métodos y perspectivas*. Barcelona: UAB/U. Jaume I/U.P.Fabra/U.Valencia
- Rogers, E. (1994). *A history of Communications Studies. A biographical approach*. New York: The Free Press.
- Sanders, R. E. (1989). The breadth of communication research and the parameters of communication theory. En King, S. (Ed.), *Human communication as a field of study* (pp. 221-231). New York: State University of New York Press.
- Sheperd, G., St. John, J. & Striphas, T. (2006). Introduction: taking a stand on Theory. En *Communication as... Perspectives on Theory* (pp xi-xix). Thousand Oaks: Sage.
- Schiller, D. (1999). *Theorizing communication. A history*. New York. Oxford University Press.
- Scolari, C. (2008). *Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital inter-activa*. Barcelona: Gedisa (cibercultura).
- Taylor, J. (2006). Complex organizing. En Sheperd, G., J. St. John y T. Striphas (Eds.), *Communication as... Perspectives on Theory* (pp. 132-142). Thousand Oaks: Sage Publications.
- Vidales, C. (2015). Historia, teoría e investigación de la comunicación. *Comunicación y Sociedad, Nueva Época*, (22), 11-43.
- Vidales, C. (2013). *Comunicación, semiosis y sentido. El relativismo teórico en la investigación de la comunicación*. Sevilla: Comunicación Social.
- Vidales, C. (2012). De la información y la cognición a la comunicación y el sentido: la naturaleza de la integración cibersemiótica. En Gutiérrez, C. (Coord.) *XIX Anuario de Investigación de la Comunicación, CONEICC* (pp. 37-58). México: CONEICC.
- Vidales, C. (2011a). El relativismo teórico en comunicación. Entre la comunicación como principio explicativo y la comunicación como disciplina práctica. *Comunicación y Sociedad, Nueva época*, (16) 11-45.

- Vidales, C. (2011b). *Semiótica y teoría de la comunicación*. Tomo II. México: CAEIP.
- Vidales, C. (2010). *Semiótica y teoría de la comunicación*, Tomo I. México: CAEIP.
- West, R. & L. H. Turner (2010). *Introducing communication theory. Analysis and Application* (4^a ed.). New York: McGraw Hill.
- Zelizer, B. (2008). When disciplines engage. En Zelizer, B. (Ed.), *Explorations in communication and history* (pp. 1-12). London and New York: Routledge.